

Las migas

Resurrección de Guerau

JESUS CIVERA

En 1586, el rey Felipe II visitó por segunda vez Valencia (a los quince años la descubrió junto a su padre, el emperador Carlos). Venía de Monzón, donde se habían reunido las Cortes Generales de Aragón, Cataluña y Valencia. Pasó por Vila-real y el Puig y se detuvo en San Miguel de los Reyes, a las puertas de la capital. Se preparaba para entrar en la ciudad. Lo hizo un domingo, a las once de la mañana, a caballo, precedido por su guardia y la nobleza de aquí. La comitiva debió de ser imponente. Ochenta soldados montados abrían la marcha, seguidos de nobles, caballeros y ciudadanos principales, acompañados de pajes y criados. Enseguida los oficiales reales y municipales, y los jurados. Por detrás del rey, las carrozas con sus hijos y familiares. El orden jerárquico y protocolario, férreo y riguroso, reflejaba la manifestación social del poder. El rey entró en Valencia por la puerta de Serranos, bajo un frontispicio engalanado con hojas de laurel, naranjas y limones, la estatua del propio rey y cinco ninfas que representaban las cinco victorias más importantes del monarca, incluida la de Lepanto. El ritual se repetía, corregido y aumentado, en toda la ciudad, de manera apoteósica. El espectáculo simbolizaba un poder infinito. Era la Valencia del arzobispo Albera, de la Contrarreforma, en la que los estamentos dominantes perseguían los reflejos del erasmismo y devolvían a Aristóteles a la universidad. Y en la que Gaspar Guerau de Montmajor ponía a parir a sus compañeros del Estudio General. Los setecientos versos de este profesor de retórica, a quien el rector envió a prisión por ser «hombre escandaloso y pernicioso» —a la prisión de la universidad— y en los que cuenta, siguiendo a Jaime Roig, la sumisión de los catedráticos a Felipe II —por-

dos, ávaros, ignorantes, típicos, sodomitas, viciosos llama a sus colegas— los desempolva ahora Antoni Furió en plan *délicatessen* gloriosa, en forma de crónica del ambiente intelectual de la época y con las maneras de un retrato periodístico excepcional en el que mezcla las probaturas estilísticas del ensayo. (Sobre Guerau, que era de Ontinyent, habían escrito Gironés y Torró, desde las proximidades, como tantos otros, pero al estrellato lo lanzó Malans, que actuaba al estilo Hollywood; absorbiendo y expandiendo el producto). He leído de un tirón —como si fuera el *Amsterdam* de McEwan— las páginas de Furió sobre la *Breu descripció dels mestres que anaren a besar les mans a sa majestat*, sátira impía en tiempos de tanta piedad religiosa.